



Carlos León narra algunos de sus recuerdos en forma simple, con seguridad y elegancia idiomáticas.

No hay asomo de amaneramiento y da la impresión de que traspasara sus pensamientos, ya recordados, directamente al papel. El idioma brota como un ejercicio limpio para expresar ideas, emociones, recuerdos y sensaciones.

CAMILLO MARKS

El clima literario reciente — tanto nacional como internacional — se encuentra tan sobrecargado de estrepito, intrínseco y extrínseco, que está resultando casi un regalo leer obras sencillas, sin pretensiones ni afectación. Como nada vive en más difícil encontrarse y como la habilidad de contar historias que no tengan aparatosas decoraciones adiciones literarias, metafísicas y sociales parece un fenómeno del pasado, lo más probable es que un libro situado en las antipodas de esos caracteres latente para sin pena ni gloria.

Una mayor razón esta obra valdría si se tiene en cuenta el medio que consistentemente viene cerrado a la lengua española, tanto en la península ibérica como en el continente latinoamericano, especialmente por el predominio incontrastable del inglés y de la televisión entre los medios de comunicación de masas. No sería de adoptar posiciones minoritarias en cuanto a la evolución natural de un idioma ni, mucho menos, volverse puristas, pero cuando ya es casi imposible abrir un diario o un libro, o ver un programa televisivo que no esté plagado de anglicismos, jergas e incomprensibles traducciones, se desmorona o mejor dicho se desmorona, leer un volumen escrito en un buen y clásico castellano, que no renuncie a su origen chileno, es un verdadero placer.

Esto es lo que sucede exactamente con la lectura de *Memorias de un conde de Carlos León* (1916-1989). Un lector con sensibilidad idiomática no podrá dejar de advertir que, a pesar de leerse de una recopilación de artículos escritos para un diario, el autor posee un gran dominio de su lengua materna que le permitió escribir de forma fluida, elegante y clara sin su necesidad de usar en los vagabundeos ni en los sucesos imprevistos que ocasionalmente figuran en muchos textos que se publican.

Algo para recordar



su Chile.

Si es que se pudiera clasificar a los escritores chilenos en grandes categorías, habría que decir que Carlos León pertenece a ese grupo silencioso del que formaron parte — aunque fueron muy distintos — un González Viera o un Olegario Lora, autores que hoy no se leen ni por curiosidad (como tampoco pueden leerse Manuel Rojas, Nicomedes Guzmán o Eduardo Barrios, aunque la literatura nacional no haya nunca pretensamente hecho un par de años). Lo que une a *Yodavía* y *Sobreviví solo*, las dos novelas escritas por León en la década de 1950, con la obra de éstos y otros autores y salvados las obvias diferencias, es la común capacidad de narrar con sencillez idiomática, la falta de retorcimiento y la habilidad para escribir sin frías, ociosas o párrafos desordenadamente piosos o pensados tras sesantenas ejercicios de laboratorio.

Unidad temática

Las *Memorias de un conde* se componen de las crónicas que Carlos León escribió en *La Esposa* entre marzo de 1987 y marzo de 1988, coincidiendo con el primer año de vida de este diario y el último en la del autor de Valparaíso.

Se podría pensar que, tratándose de artículos semanales, uno leerá producciones ligeras, efímeras y nacidas del instante del momento, pero como sucede con la obra de grandes periodistas, estas páginas resisten con brío el paso del tiempo. Tal como lo expresa Alfonso Calderón en el prólogo, en este libro "no hay nada superficial y todo circula sin perder en el relato de las grandes catástrofes".

De carácter autobiográfico, estos sucesos pasan a ser un natural curso por las distintas etapas de la vida de León, desde su temprana infancia en una casa de la calle Ricardo Flores Cruz de Santiago, hasta su prolongada permanencia en Iquique, su paso por la Universidad de Concepción y su afincamiento final en Valparaíso, donde sería un destacado periodista, escritor y profesor en la Escuela de Derecho de esa ciudad. Los León eran una familia de clase media y el padre trabajaba como funcionario de Aduanas, lo que los hizo viajar por casi todo Chile. En esos años (1920 a 1930), con las familias chilenas de clase media no sólo vivían los padres inmigrantes, sino que siempre había espacio adicional para algunos tíos, sobrinos, hijos y amigos. Desde cuando cuatro pueden comer seis es un proverbio que se repite varias veces y da testimonio de una época en que la hospitalidad era hábito, la generosidad natural y la amistad se practicaba a diario.

Todos esos rasgos personales y sociales pesaban especialmente durante la época en que los León vivieron en la calle Cordón de Iquique: en su cuadra no había ni una sola casa cerrada ni en el día ni en la noche, las zarpas se intercambiaban gruesos y rápidos sin parar de conversar, los chicos entraban y salían de una vivienda a la otra y el caudillo florecía con auténtica vitalidad en medio de una convivencia múltiple y entrecruzada. Es natural que el autor guarde recuerdos inolvidables y muy queridos de una época y unas gentes indolentemente algo idealizadas y que, en los días que corren, pueden parecer legendarios y hasta extraños relatos.



Memorias de un conde, Carlos León. Recopilación de Alfonso Calderón y Evelyn Schuler. Editorial de la Universidad de Valparaíso, Valparaíso 1994. 322 páginas.

La selección de los artículos, a cargo de Alfonso Calderón, quien fue amigo de León, es excelente y a él seguramente le debemos la armoniosa unidad temática y estilística que exhibe la obra. La edición y presentación, por parte de la Editorial de la Universidad de Valparaíso, es de gran calidad y uno de sus méritos aciertos consiste en la reproducción de fotografías difuminadas de época, en las que pueden apreciarse vistas de Santiago, Concepción, Iquique y Valparaíso de hace varias décadas.

Finalmente, el volumen se completa con *Regreso a casa*, un cuento inédito de Carlos León que revivirá un reguero completamente desconocido del autor. Si este libro pasa desapercibido, será una señal más de estos áridos tiempos.

En que, al leer un libro así, es inevitable preguntarse con tristeza si la modernidad actual ha servido para mejorar este país. Porque, sin duda, no ha traido mayor riqueza en forma perceptible (aunque sí como mucho mejor y viva en la actualidad), la infraestructura del país no ha cambiado demasiado (aunque unos años se podía viajar en ferrocarril desde Iquique hasta Puerto Montt) y el nivel cultural de la sociedad ha descendido paralizantemente (sólo basta recordar que la educación pública era gratuita y excelente).

Unidad de estilo

Carlos León no se formula estas preguntas ni hace planteamientos de ninguna especie. Simplemente se limita a narrar algunos de sus recuerdos en forma simple, directa y con seguridad y elegancia idiomáticas. No hay asomo de amaneramiento en ninguna parte y da la impresión de que traspasara sus pensamientos, ya recordados, directamente al papel. En este autor, el idioma brota como un ejercicio limpio y adecuado para expresar ideas, emociones, recuerdos, sensaciones.

La claridad cronológica de artículos que componen el volumen está ordenada cronológicamente y, si bien, y dado el hecho de que fueron entrecruzados como pasan independientemente a la prensa, pueden leerse por separado, la cohesión temática y argumental no se interrumpe; gracias a una clara progresión que se hace viable a medida que avanza la lectura. Así, puede por momentos resultar desconcertante que sea recordado algo que ya sabemos o identifiquemos a un personaje que ya conocíamos, pero esto es inevitable en crónicas separadas en el tiempo por una o más semanas y hay que decir, en honor a la verdad, que esas pequeñas aclaraciones o recordatorios son muy breves y no interfieren la narración.

Esta es tan natural y poco artificiosa que las anotaciones se suceden de forma pareja y uno no se da cuenta cuando está terminando el libro, que está lleno de alegría, simpatía y momentos piadosos, presidiendo todo ello una bondad y una suave ironía que el autor derramaba sobre la vida y las personas.

La selección de los artículos, a cargo de Alfonso Calderón, quien fue amigo de León, es excelente y a él seguramente le debemos la armoniosa unidad temática y estilística que exhibe la obra. La edición y presentación, por parte de la Editorial de la Universidad de Valparaíso, es de gran calidad y uno de sus méritos aciertos consiste en la reproducción de fotografías difuminadas de época, en las que pueden apreciarse vistas de Santiago, Concepción, Iquique y Valparaíso de hace varias décadas.

Finalmente, el volumen se completa con *Regreso a casa*, un cuento inédito de Carlos León que revivirá un reguero completamente desconocido del autor. Si este libro pasa desapercibido, será una señal más de estos áridos tiempos.

Algo para recordar [artículo] Camilo Marks.

Libros y documentos

AUTORÍA

Marks, Camilo, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Algo para recordar [artículo] Camilo Marks. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile